

# El cardenal Martini (1927-2012), pastor, guía y luz de una Iglesia naciente

RESUMEN: Nuestra sociedad e Iglesia andan escasas de testigos creíbles. El recientemente fallecido cardenal Martini, sin duda, lo fue. Lo fue porque supo aunar y poner al servicio de nuestra sociedad e Iglesia su luminosa inteligencia y su bondad de corazón. Iluminado por la Palabra acabó siendo pastor, guía y luz de una nueva Iglesia.

PALABRAS CLAVE: cardenal Martini, Iglesia, mundo, pastor, guía, luz, Biblia.

## ***Cardinal Martini (1927-2012), pastor, guide and light of a risen Church***

ABSTRACT: Our society and our Church are running short of credible witnesses. However, the recently deceased Cardinal Martini was, without a doubt, one of those witnesses. He was able to combine and provide his brilliant intelligence and the goodness of his heart in the service of our society and our Church. Enlightened by the Word of God, he ended up being pastor, guide and light of a risen Church.

KEYWORDS: Cardinal Martini, Church, World, pastor, guide, light, Bible.

El pasado 31 de agosto fallecía en la residencia jesuítica de Galaratte el cardenal Martini. Su muerte, no por anunciada y esperada, ha sido menos sentida. Fue la noticia más vista en *Le Monde*, la más comentada en la BBC y la que ocupó el espacio más significativo de ese día en *The New York Times*. La prensa internacional de todo signo se deshizo, en suma, en alabanzas y parabienes hacia su persona y ministerio. Diversas representaciones eclesióásticas, civiles, sociales y económicas expresaron su dolor y lamentaron su muerte. Finalmente, entre 250.000 y 300.000 personas de toda edad y condición desfilaron ante sus restos antes que fuera inhumando, tal como había sido su deseo, en el corazón del Duomo de Milán, la Iglesia de la que fue Pastor entre 1978 y 2002.

## Vida entregada, reconocida y polémica

Martini fue colaborador habitual del *Corriere della Sera* durante casi dos décadas. Sus columnas dominicales eran leídas por miles de personas; sus vivencias de la fe, reflexiones y referencias constituían alimento espiritual y argumental para la vida de muchos cristianos. Autor de más de cincuenta libros, entre los que destacan títulos como *Vivir los valores del Evangelio* (1996), *En qué creen los que no creen* (junto a Umberto Eco, 1997), *Coloquios nocturnos en Jerusalén* (2008), amén de innumerables textos con una doble temática: presentaciones muy originales de ciertos personajes bíblicos y conferencias y ejercicios espirituales dirigidos a todo tipo de personas. Una vasta y actualizada obra que le mantuvo en contacto con lo más sagrado de las personas y de la historia.

No pocos han interpretado el seguimiento que la prensa y los medios de comunicación han hecho de su muerte como pago a su peculiar manera de entender y afrontar problemas y situaciones fronterizas más cerca de la sensibilidad laica que de la tradición de la Iglesia; razón por la que unos lo desautorizan y otros lo consideran suyo. Cantinela que con frecuencia se ha repetido en la historia contemporánea de la Iglesia y que es utilizada más para separar y dividir que para unir y acercar posiciones y sensibilidades.

El hecho de que Martini se mantuviese al pie del cañón y siguiese publicando sus columnas y concediendo entrevistas cuando los temblores de su parkinson le habían convertido en un persona «dependiente», no explican del todo ni el interés ni tampoco el cariño con los que la opinión pública ha vivido su muerte ni tampoco el seguimiento obsequioso que los católicos y no católicos han prestado a su persona desde que se jubilara como arzobispo de Milán el año 2002. Nadie da lo que no tiene y nadie recuerda y homenaja a quien considera alejado de los problemas que afectan a una creciente mayoría de cristianos de a pie.

Llama la atención que un intelectual católico —Martini tenía dos doctorados y durante muchos años fue uno de los profesores estrella y más reputados de dos instituciones académicas de calidad como son el Instituto Bíblico y la Pontificia Gregoriana— y un pastor de la Iglesia, en tiempos de recelo y aun rechazo a toda autoridad, haya sido elevado a la categoría no sólo de icono dentro de una Iglesia más abierta, sino de testigo de carne del misterio del Dios encarnado en la persona de

---

## El cardenal Martini (1927-2012)

Cristo. Testigo, en este caso, para alegría y gozo de la Iglesia y del mundo.

### Pastor, guía y luz de la Iglesia

Si su lema episcopal, *Pro veritate adversa diligere* («Por amor a la verdad amar las cosas adversas»), anticipa lo que fue su ministerio al servicio de la Iglesia universal, el epitafio que sella su tumba en el Duomo milanés: *Tu palabra es una lámpara para mis pasos y una luz en mi camino* (Salmo 119), nos habla de su modo de vivir y de su peregrinación por el mundo de los hombres hacia la casa y el corazón del Padre.

Su lema episcopal y su epitafio, creemos, nos pueden servir de guía para no perdernos y no quedarnos, tampoco, en ninguno de los muchos recovecos que, ciertamente, tuvo que transitar en su triple vocación de jesuita, estudioso de la Palabra y obispo de la Iglesia católica.

El joven Carlo Maria ingresaba con tan sólo diecisiete años en el Noviciado de la Compañía de Jesús en 1944 y con tan sólo veinticinco, algo verdaderamente inusual en el Compañía, era ordenado sacerdote. Se prueba como profesor, tras la obtención de un doble doctorado en teología dogmática y en teología bíblica, en la Facultad de Teología de Chieti para años después enseñar en el Pontificio Instituto Bíblico y en la Gregoriana. En ambas instituciones ocupó el cargo de Rector.

Ni el rigor de sus sendos doctorados ni la dispersión de sus dos Rectorados marchitaron la frescura espiritual que desde pequeño había mamado en su familia y en el Colegio de los jesuitas de Turín ni tampoco ensombrecieron su predilección y gusto por la Palabra, que desde muy joven fue luz en su sendero. Durante buena parte de su vida experimentó como fiel hijo de la mejor tradición católica e ignaciana que Dios no sólo tiene, como parte de su gran designio divinizador, un plan y una misión para cada uno de sus hijos. Plan y misión que se manifiestan por medio de un contacto inmediato del mismo Dios. Contacto tanto más real y verídico cuanto el elegido ve transformada su existencia y con ella la vida de la Iglesia y del mundo en los que habita.

Si el ejercicio diario del discernimiento de espíritus lo mantuvo abierto a la gracia y a la acogedora presencia de Dios, la Biblia, la Palabra de Dios, asimilada al modo de la contemplación ignaciana, le trasplantó a horizontes mentales y espirituales que poco a poco le fueron

cambiando el corazón. En uno de sus *Coloquios Nocturnos* afirma: «Si no pensamos bíblicamente nos hacemos estrechos, adquirimos anteojeras en lugar de la amplitud de miras de Dios. Quien lee la Biblia y escucha a Jesús descubrirá cómo Jesús se admira de la fe de los paganos. Estando colgado en la cruz, Jesús recibe todavía al ladrón en el cielo. Toda la Biblia tematiza el hecho de que Dios ama a los extraños, ayuda a los débiles a levantarse, quiere que, por distintos caminos, ayudemos y sirvamos a los hombres». De ahí su particular vivencia, siempre a la luz de la Palabra, de la conversión no como pacífica continuidad con lo que uno vive, sino como sacudida. Nadie entra en el Reino sin una conversión, sin un cambio, sin una transformación.

Enamorado y agradecido a la Palabra hizo de ella, tal como reza en su epitafio, *Tu palabra es una lámpara para mis pasos y una luz en mi camino*, no un instrumento con el que vivir profesionalmente y con el que proyectarse hasta alcanzar fama mundial, sino una vía, un camino, para que la sabiduría y la luz del Padre llegasen al corazón y a las entrañas más profundas de sus hijos. Benedicto XVI, comentando y haciendo suyas las palabras de su epitafio, ha escrito: «Las palabras del Salmista pueden resumir toda la existencia de este Pastor generoso y fiel de la Iglesia. Fue un hombre de Dios, que no solo estudió la Sagrada Escritura, sino que la amó intensamente e hizo de ella la luz de su vida, para que todo fuera *ad maiorem Dei gloriam*. Precisamente por ello fue capaz de enseñar a los creyentes y a los que están en búsqueda de la verdad que la única Palabra digna de ser escuchada, acogida y seguida es la de Dios, porque indica a todos el camino de la verdad y el amor. Lo fue con una apertura de espíritu, sin rechazar nunca el encuentro y el diálogo con todos».

### **Con proyección y caridad universal**

Su apasionado y agradecido amor a la Palabra le llevó nada más ser consagrado arzobispo de Milán a invitar a cuantos quisieran conocer la Palabra y a orar con ella. Sus oraciones, tras sus inspirados y circunstanciados comentarios a la Palabra, la mayoría de las veces espontáneas y expresadas con el corazón se convirtieron en escuela de oración y fuente de vida.

Aunque falta mucho para saber cómo Martini figurará en los anales de la historia de su diócesis, ciertamente, está a la altura de algunos de sus ilustres antecesores, figuras tan relevantes como un San Carlos

---

## El cardenal Martini (1927-2012)

Borromeo (1560-1584) y como los más recientes beatos Andrea Ferrari (1894-1921) e Ildefonso Schuster (1929-1954), por no hablar de Aquiles Ratti (1921-1922) y Giovanni Bautista Montini (1954-1963), quienes tras pasar por Milán serían nombrados papas de la Iglesia Católica, marcaron su pontificado. Con San Carlos Borromeo creció en celo y caridad pastoral; con el beato Ferrari, desde una perspectiva espiritual y no política, se preocupó por la cultura y por los problemas comunes de la gente; con el benedictino Schuster, del culto y de la liturgia; con Ratti, de la misión y de la proyección de la Iglesia más allá de sus fronteras diocesanas y nacionales; y con Montini, se sintió en diálogo caritativo y discreto con creyentes e increyentes, fatigados y decepcionados.

Una caridad pastoral profunda, discreta y al tiempo libre y concreta lo mantuvo en contacto hasta el final de sus días con un segmento creciente de cristianos fervientes y de creyentes en crisis. Con ellos compartía sus inquietudes, sostenía sus deseos y esperanza de llegar vivos e ilusionados hasta la fuente viva, acompañándolos como al ciego de nacimiento del evangelio hasta vislumbrar la luz liberadora de sus angustias. Luz liberadora con la que se puede percibir el rostro vivo de Dios y la fuerza liberadora de la resurrección de Cristo. «Pues cuando la esperanza inunda el corazón humano, escribía, entonces somos dichosos porque experimentamos que la vida nos cambia, más allá de todos los horizontes imaginables, incitándonos a saltar, danzar y exultar».

Su preocupación por la cultura de nuestro tiempo y por los problemas comunes de la gente, además de crearle algunas tensiones con los que no entienden que un obispo de la Iglesia católica pueda y deba considerar, no de pasada, problemas tan candentes como el matrimonio de los divorciados, la sexualidad, la homosexualidad y la apertura a la cultura del ocio, le convirtió en referente y guía espiritual en campos tan diversos como la educación familiar, el compromiso político y social de los laicos dentro y fuera de la Iglesia, la formación sacerdotal y la vivencia de la oración en la vida diaria.

Vivió y comprendió la liturgia y el culto como la danza de la Iglesia en torno al Resucitado, algo así como la danza de David alrededor del Arca. La sintió y celebró como acción salvadora de Jesús en favor nuestro, como ocasión en la que nosotros le prestamos a Jesús nuestras manos y nuestros gestos para que al modo humano nos alcance su salvación. En la liturgia, tal como la entendía y celebraba Martini, no era necesario

comprender todo el significado de las palabras; lo único verdaderamente importante era abandonarse a su ritmo para de esta manera decirle a Dios: «Te amo, te acepto, quiero estar contigo, te doy gracias por estar entre nosotros; únenos totalmente a ti y con tu acción salvadora a todo tu pueblo».

Como buen italiano y como moderno hombre de la Iglesia se sirvió de los medios de comunicación no para inculcar, sino para ser instrumento de la misericordia divina. Entendía y vivía la misericordia como la comprensión del Padre ante la miseria del hombre, como el aliento del Creador ante el sinsentido de la vida, como la seguridad que pase lo que pase ofrece Dios Padre a sus hijos. Esta fue su manera de predicar y esta su particular de manifestar la salvación de Dios a sus contemporáneos.

Finalmente, como alguno de sus predecesores en la sede de San Ambrosio, se sintió obligado a mostrar a todo tipo de personas que a medida que avanzamos por el camino del evangelio y sentimos el peso de nuestra debilidad, la inconsistencia de nuestros propósitos y la incapacidad para programar nuestros días como quisiéramos, percibimos fuertemente la grandeza del amor de Dios que nos salva de nuestra desesperación, de nuestros pecados personales, de nuestras debilidades psíquicas y morales, de nuestra pereza, ambición, vanidad, sensualidad; también somos salvados de los llamados pecados estructurales y sociales que nos atenazan y destruyen y no menos del peso de las ideologías y filosofías engañosas y torcidas que legitiman el mal y hacen que éste perdure y persista. La salvación que Dios ofrece a la humanidad y de la que Martini fue testigo de carne la presentaba y vivía como un milagro equivalente al que vivió Lázaro cuando fue sacado de su tumba, equivalente al que vivieron los hebreos en desierto de Egipto cuando vadeando el Mar Rojo se presentaron en la tierra prometida.

Un milagro hecho realidad en su trayectoria vital, admirada por cuantos por amor a la verdad aman las cosas adversas y por cuantos ansían hacer de la Palabra la luz de todos sus pasos. ■